

Común del Aniversario de la Dedicación de una Iglesia  
Aniversario de la Dedicación de la Iglesia  
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe  
La Crosse, Wisconsin  
31 de julio de 2020

*Ez.* 43, 1-2. 3c-7a

*Sal.* 84, 3. 4. 5. 10. 11

*Heb.* 12, 18-19. 22-24

*Lc.* 19, 1-10

### **Homilía**

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

La realidad que celebramos hoy es el corazón de este santuario. Es lo que hace que el santuario esté vivo, un lugar santo, un lugar de oración y de paz. Hoy celebramos la verdad de que, desde la Solemne Dedicación de la Iglesia del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, Cristo, Dios Hijo Encarnado, estuvo habitando aquí y estuvo activo aquí para la salvación de las almas. En este lugar se realiza la maravillosa visión del Profeta Ezequiel. Aquí « [l]a gloria del Señor [llena] el templo<sup>1</sup>». Resuenan las palabras poderosas de Nuestro Señor: «Hijo de hombre: este es el lugar de mi trono, donde pongo las plantas de mis pies y donde habitaré para siempre en medio de los hijos de los israelitas<sup>2</sup>».

Si Cristo no estuviera aquí presente, de manera extraordinaria, no tendría sentido venir en peregrinación. El peregrino es como Zaqueo que subió a un sicómoro porque quería ver a Nuestro Señor<sup>3</sup>. El peregrino deja su entorno familiar para subir el camino que lleva a la iglesia del Santuario porque quiere encontrar a Jesús. En efecto, ve a Nuestro Señor, se encuentra con Él, rezando ante el Santísimo Sacramento, en el sacramento de la Penitencia y, lo más maravilloso de todo, en el sacramento de la sagrada Eucaristía. A través de la oración y los sacramentos, Jesucristo le dice al peregrino, lo que le dijo a Zaqueo: «conviene que hoy me quede en tu casa<sup>4</sup>», y «hoy ha llegado la salvación a esta casa<sup>5</sup>». La peregrinación termina cuando Cristo viene a morar en el corazón de cada peregrino, en su hogar, a través del misterio de su presencia viva con nosotros en la Iglesia.

---

<sup>1</sup> *Ez.* 43, 5.

<sup>2</sup> *Ez.* 43, 7.

<sup>3</sup> Cf. *Lc.* 19, 3.

<sup>4</sup> *Lc.* 19, 5.

<sup>5</sup> *Lc.* 19, 9.

Cuando la Virgen Madre de Dios, por don de Dios, se apareció en el cerro Tepeyac desde el 9 al 12 de diciembre de 1531 para manifestar a todos sus hijos el misterio del amor misericordioso de Dios en el misterio de la Encarnación Redentora, pidió de inmediato que se construyera una capilla en la que pudiera recibir a los peregrinos. Su imagen fue entronizada en la capilla tal y como se encuentra hoy en día en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México para atraer a sus hijos hacia su Divino Hijo, como ha sido y es siempre su misión.

La realidad del encuentro con Cristo glorioso que – desde Su Ascensión y desde la Venida del Espíritu Santo – desciende de su lugar a la derecha de Dios Padre para estar con nosotros en la Iglesia está fuertemente destacada por un favor particular concedido por Dios durante las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe. Al fin de las apariciones, cuando san Juan Diego abrió su tilma o manto ante el obispo Juan de Zumárraga para mostrarle las rosas milagrosas que, gracias a Nuestra Señora, había encontrado en el cerro Tepeyac; Dios dejó la imagen viva de Nuestra Señora en la tilma para que los peregrinos la encontrarán de la manera más poderosa cuando vinieran en peregrinación.

El mosaico de la imagen en esta iglesia se esfuerza por reproducir lo más perfecta y hermosamente posible la imagen milagrosa de la tilma de san Juan Diego, para que el peregrino se sienta atraído poderosamente por ella, pues la Virgen indefectiblemente lo atrae hacia Nuestro Señor. En este lugar, el peregrino experimenta la verdad, la gran realidad de una iglesia consagrada en la que se acerca verdaderamente a «la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial<sup>6</sup>». En este santuario el peregrino se encuentra verdaderamente con «Jesús mediador de la nueva alianza<sup>7</sup>», Dios Hijo Encarnado, en la corte celestial de «miríadas de ángeles» y en la «asamblea gozosa [...] de los primogénitos inscritos en los cielos, a los espíritus de los justos que han alcanzado la perfección<sup>8</sup>», los santos.

Hoy, de manera particular, Nuestra Señora nos atrae a la iglesia del Santuario, para que podamos encontrar a su Divino Hijo que es el único que salva el mundo. En medio de una crisis sanitaria internacional que desde el punto de vista humano presenta aparentemente innumerables contradicciones y en medio de un estallido de violencia anárquica y nihilista que niega la verdad, belleza y bondad eternas de la Encarnación Redentora, la Virgen nos invita a dirigirnos, en primer lugar y sobre todo, a Nuestro Señor que es el único que puede salvarnos de los horribles pecados que nos destruirían como individuos y como sociedad. Como lo hizo

---

<sup>6</sup> Heb. 12, 22.

<sup>7</sup> Heb. 12, 24.

<sup>8</sup> Heb. 12, 22-23.

con los administradores del vino en las Bodas de Caná, nos lleva, en nuestro momento de desesperación, a su Divino Hijo con una orden simple: « – Haced lo que él os diga<sup>9</sup>».

Hoy en día, los falsos profetas del mundo nos dicen que, como resultado de lo que está sucediendo en nuestra nación y en el mundo, nuestra vida nunca será la misma. Nos dicen que tenemos que reajustar nuestras vidas, en otras palabras, organizar nuestras vidas de acuerdo con los principios que nos dictan. Pero nuestra vida en Cristo que nos manifiesta la Virgen de Guadalupe es siempre la misma, como Jesucristo que «es el mismo ayer y hoy y por los siglos<sup>10</sup>». Sí, nuestras vidas tienen que cambiar, pero no de la manera que los expertos del mundo dictarían. Nuestras vidas tienen que cambiar más y más en Cristo. Nuestros corazones deben estar más y más purificados del pecado y responder a la efusión del Espíritu Santo, animándonos para toda buena obra. Sólo Jesús puede realizar el milagro de transformar nuestras vidas, Él está aquí para hacerlo, si nosotros, con humildad y pureza de corazón, nos entregamos completamente a Él, como la Virgen nos enseña y guía.

No sigamos nunca más la sabiduría del mundo de cerrar nuestras capillas e iglesias en tiempos de crisis, privándonos de los encuentros más privilegiados con Cristo Nuestro Señor y Salvador. Hagamos que nuestras iglesias estén cada vez más abiertas para que tengamos acceso a la gran realidad que celebramos hoy: Cristo viviendo por nosotros en su templo santo, para sanarnos y fortalecernos hasta el día de su última venida al final de los tiempos.

Los Caballeros del Altar de Nuestra Señora sirven directamente a Nuestro Señor aquí presente bajo la guía y disciplina maternal de su Virgen Madre, Nuestra Señora de Guadalupe. Los niños y jóvenes que son Caballeros de Nuestra Señora se dedican a servir en el altar al que el glorioso Cristo desciende para hacer presente de nuevo Su sacrificio en el Calvario por el que salvó al mundo. Que los Caballeros que hoy son condecorados – Gregory Kusmitch y Michael Sueppel – se fortalezcan cada vez más en su servicio a Nuestro Señor en el altar de Su Sacrificio y que sus vidas reflejen en cada aspecto la santidad de su servicio a Nuestro Señor como Caballeros de Nuestra Señora.

Profundamente agradecidos a Dios por el don de este lugar sagrado y de su habitar aquí con nosotros, elevemos nuestros corazones al glorioso Corazón traspasado de Jesús. Reconozcamos aquí a Aquel que es la «mirada compasiva» de la Virgen de Guadalupe, Aquel

---

<sup>9</sup> *Jn.* 2, 5.

<sup>10</sup> *Heb.* 13, 8.

que es nuestro «auxilio» y nuestra «salvación<sup>11</sup>».

*Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ¡ten misericordia de nosotros!  
Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la nueva evangelización,  
¡ruega por nosotros!  
San Juan Diego, ¡ruega por nosotros!*

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Raymond Leo Cardenal BURKE

---

<sup>11</sup> «Apéndice A: *El Nican Mopohua*», en Carl Anderson y Eduardo Chávez, ed. y tr. Gerardo Hernández Clark, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México, D.F.: Random House Mondadori, S.A. de C.V., 2010), p. 214, n. 28.